

Javier Velaza, *Historia Augusta*, Madrid, Cátedra–Letras Universales, 2022, 560 pp. [ISBN: 978-84-376-4447-9].

En la última década, en los estudios sobre Historia Antigua, se ha incrementado notablemente la mirada a la época medio-imperial –antonina y severiana– y a la tan discutida crisis del siglo III d. C. Reediciones de títulos clásicos de carácter más general (M. Grant, *The Antonines. The Roman Empire in Transition*, London, 2016) o la publicación de otros nuevos centrados en aspectos más parciales del periodo (K. Harper, *The fate of Rome. Climate, disease and the end of an Empire*, Princeton, 2017) han recuperado viejos debates (O. Hekster – G. De Kleijn *et alii* (eds.), *Crises and the Roman Empire*, Leiden, 2007 o M. Auer – Ch. Hinker, *Roman settlements and the crisis of the 3rd century AD*, Wiesbaden, 2021) que, a su vez, han contribuido a matizar y a redimensionar. También desde la óptica hispana se ha prestado una intensa atención, abierta hace ya dos décadas, a un periodo clave para la comprensión de las transformaciones ideológicas, sociales y urbanísticas propias de la madurez del Principado Romano (L. Hernández Guerra (ed.), *La Hispania de los Antoninos (98-180)*, Valladolid, 2004 o J. Mata, “Evolución urbanística en la provincia Citerior: los siglos II y III”, *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 24, 2016, 203-229 y D. Romero, “Caracterizando la ciudad hispanorromana de época antonina: muralla, viario y red de saneamiento”, *Conimbriga* 58, 2019, 233-254, por ejemplo). Y, como es sabido, para escribir la Historia de ese periodo postrero de la Roma imperial y atender a algunas de sus cuestiones centrales la supuesta colección de biografías de emperadores conocida con el nombre de *Historia Augusta* ha resultado siempre fundamental interviniendo sus datos en todos y cada uno de los debates historiográficos planteados aunque haciéndolo siempre de la mano de la documentación arqueológica, epigráfica o prosopográfica, acaso más elocuente para la época en parte, también, por los consabidos problemas internos de la citada fuente.

Efectivamente, la *Historia Augusta*, como sentencian diccionarios al uso, se caracteriza por sus contradicciones internas de tipo material –mezclando, de hecho, ideas refrendadas en las fuentes con otras resultado de la pura invención (M. García Quintela – P. López Barja (eds.), *Diccionario Akal de Historia del mundo antiguo*, Madrid, 1999, 200)– y por el hecho de, pese a ser nuestra principal fuente para el conocimiento de la historia imperial de los siglos II y III d. C., estar repleta de problemas, al menos, los siguientes (S. Hornblower – A. Spawforth (eds.), *The Oxford classical dictionary*, Oxford, 1996, 520-521): cuántos autores la compusieron, cuál fue el propósito de éstos al escribirla, cuándo fue compuesta, si hubo o no una versión original inicial a la que se añadieron actualizaciones y cambios tardíos, y, en definitiva, y esencialmente, cuánto de realidad y cuánto de invención hay en sus capítulos. La atención que han prestado a la *Historia Augusta* estudiosos como Hermann Dessau (1856-1931), Ronald Syme (1903-1989), Géza

Alföldy (1935-2011) o Anthony Birley (1937-2020) justifica, de hecho, *per se*, el interés de este texto que, entre los años 60 y 80 del siglo pasado concitó una serie de coloquios, *Bonner Historia Augusta colloquium* (Bonn, 1966-1987) que lo analizaron desde todas las ópticas posibles pero sobre el que, constantemente, y también muy recientemente, se han seguido publicando estudios monográficos, comentarios y misceláneas (ver balance reciente, por ejemplo, en M. Shedd, *The Classical Review* 69/2, 2019, 480-484).

Hasta la fecha apenas disponíamos en nuestro país de dos traducciones de cabecera —cierto que existe alguna más— de tan singular obra, la realizada a finales del siglo XIX por Francisco Navarro y Calvo y difundida por la Librería Hernando y la más reciente y usual, compuesta por Vicente Picón García y Antonio Cascón Dorado, que publicara la editorial Akal en 1989. A ellas se suma ahora, con extraordinarios méritos en su haber, que aquí se detallarán, una oportunísima edición auspiciada por la colección Letras Universales de la editorial Cátedra con traducción, introducción y notas a cargo del Catedrático de Filología Latina de la Universitat de Barcelona Javier Velaza Frías. Conocido epigrafista especialista en la epigrafía paleohispánica, Javier Velaza se había ocupado ya, desde al menos los años noventa, a cuestiones relativas al método historiográfico y al estilo de la *Historia Augusta* e, incluso, no hace mucho había publicado una útil síntesis (J. Velaza, “¿El enigma imposible?”, [en] *Conventus Classicorum. Temas y formas del mundo clásico*, Barcelona, 2017, 701-732) sobre los debates concitados por esta singular obra, seguramente compuesta en las últimas décadas del siglo IV d. C. Y, lo cierto es que, comparativamente, la nueva edición que ahora ve la luz no sólo incorpora a la discusión la producción científica sobre el tema que se ha generado desde 1989 —fecha de la edición de Akal— sino que, además, como más adelante diremos, realiza una detenida mirada a la *Historia Augusta* en España y una evaluación de las traducciones al castellano disponibles que la convierten, desde ya, en material de trabajo inexcusable para quien quiera acercarse a los problemas de esta apasionante fuente de la Antigüedad.

Es precisamente, su conocimiento de los problemas internos de la *Historia Augusta* y el modo cómo los sintetiza el que, sin duda, constituye, uno de los grandes méritos de la nueva edición que aquí se reseña. Al margen de articular una traducción “que dé cuenta lo más fiel posible del estilo original” (p. 39), lo cierto es que las menos de 40 páginas que abren la edición, y que constituyen una extraordinaria introducción —desde el primer párrafo, en que se define a la *Historia Augusta* como “la obra más desconcertante de toda la literatura clásica” (p. 9)— resultan provocadoras, útiles y, sencillamente, magistrales, motivando al lector a avanzar en la lectura del texto traducido pero, también, a hacerse cargo de la complejidad del mismo, un texto del que se llega a afirmar que “no es lo que simula ser” (p. 9), es decir, que no es una colección de biografías imperiales escritas por seis autores distintos, hasta hace poco todavía denominados *scriptores Historiae Augustae*, y compuestas entre Diocleciano y Constantino sino, seguramente —y como ya había anotado Dessau, aunque con argumentos diferentes—, la labor de un único autor que la habría compuesto entre el 390 y el 400 d. C. (pp. 10-11 y 15). Esa introducción se detiene en todas las cuestiones que, como veíamos más arriba, han centrado el debate en la investigación sobre esta fuente. Así, se aborda el problema de la autoría (pp. 13-19); se discute sobre el carácter de “trampantojo con guiños y alusiones sólo comprensibles para un reducido círculo de *connaisseurs*”

(p. 22) dando, en esto, la razón a Ronald Syme; y, también, se realiza una profunda reflexión sobre el complejo proceso compositivo –seguramente no lineal (p. 23)– que el autor siguió a la hora de elaborar las biografías escogidas (p. 23) y se destilan las que pudieron ser sus fuentes (pp. 26-28) y, también, sus modelos literarios más evidentes, desde Suetonio a Salustio o Cicerón (p. 29). Sobre todas esas cuestiones Javier Velaza –que ha manejado toda la producción bibliográfica que la *Historia Augusta* ha generado y que se ofrece en un repertorio utilísimo al final de la introducción (pp. 47-67)– trata de llegar a una siempre difícil *communis opinio* algo que, sin duda, agradece el lector ante la complejidad, como se ha dicho, de la obra que tiene entre manos. Otros asuntos sugerentes como el de la *lacuna* temporal de la obra para el lapso comprendido entre los años 244 y 260 (p. 26) o el de la lengua y el estilo (pp. 30-31) completan esta introducción escueta pero incisiva y con el indiscutible mérito de sintetizar en pocas páginas y en una prosa cultísima y cautivadora, problemas realmente complejos sobre una obra igualmente complicada.

Dos méritos más se añaden a la edición que ahora ve la luz y que, en cierta medida, complementan la de Akal, a la que estábamos ya habituados: la atención prestada por Javier Velaza a la cuestión de la “recepción” de la *Historia Augusta* en España (pp. 34-36) donde el traductor y editor da muestra de su extraordinario conocimiento del humanismo español responsable, desde fray Antonio de Guevara (1480-1545) o Ambrosio de Morales (1513-1591), de ir empleando y difundiendo la *Historia Augusta* por la erudición de nuestro país y, por supuesto (pp. 37-38) el balance que se hace de las traducciones de que, hasta ahora, disponíamos en lengua castellana. Cierra ese apartado una presentación muy honesta (pp. 39-40) de la filosofía de la edición. Ésta puede resumirse en su fidelidad al texto de Ernestus Hohl (1927) con algunos pasajes en los que se ha preferido partir de la propuesta publicada entre 1996 y 2014 por Les Belles Lettres. Velaza declara en esa nota haber tratado de ser muy respetuoso con la lengua y estilo originales –no maquillando las repeticiones y redundancias léxicas sino adaptándolas a la traducción– y en ella anota, además, su deseo de, con el aparato crítico –sobrio y comedido pero documentado y siguiendo la tradición del propuesto en su día por la edición de Akal– “ayudar a identificar los innumerables personajes –auténticos o de ficción–, ciudades o monumentos que se mencionan en la obra; informar sucintamente sobre los acontecimientos históricos a los que se hace alusión; definir los términos institucionales y de *realia* que se emplean; indicar, cuando resulta necesario, la fuente literaria sobre la que se construye el relato; subrayar, en fin, los elementos de análisis lingüístico y estilístico que permitan una cabal comprensión del texto” (p. 40) al que, a renglón seguido, se define como “fárrago”, “pantano”, “pastiche”. Una simple mirada a las notas que componen el aparato crítico de las veintinueve biografías imperiales recogidas en la obra (pp. 71-532) permite constatar, por la brevedad y concisión de las mismas –ninguna supera las cuatro o cinco líneas para no despistar al lector de la fuente ante la que se encuentra–, de qué modo los propósitos de Javier Velaza de elaborar una guía de lectura de “los misterios de la *Historia Augusta*” (p. 40) se han cumplido para regocijo de quienes, en adelante, contaremos con una herramienta más desde la que adentrarnos en ellos y, en cierta medida, escrutarlos. El cuadro cronológico (pp. 43-47) que precede a la selección bibliográfica y el muy cuidado y completo índice onomástico (pp. 533-557) son también muestra de hasta qué grado de primor se ha cuidado esta edición que pasa ya a convertirse en imprescindible herramienta

de trabajo para historiadores y filólogos interesados en los acontecimientos que marcaron la Historia de Roma durante los siglos II y III d. C.

Javier Andreu Pintado  
Universidad de Navarra  
[jandreup@unav.es](mailto:jandreup@unav.es)